

Pavel SYSSOEV, *La paternidad espiritual y sus perversiones*. Salamanca: Sígueme, 2022, 19 x 12 cm, 142 pp. ISBN: 9788430121168 (original: *De la paternité spirituelle et de ses contrefaçons*. Paris; Cerf, 2020).

En los últimos años estamos encontrando numerosas publicaciones que, desde diversos puntos de vista, afrontan la terrible crisis de los abusos que está sacudiendo a la Iglesia desde hace más de dos décadas.

El dominico perteneciente a la provincia de Toulouse Pavel Syssoev (Vilnius, 1977) es converso y tiene amplios estudios en filosofía, teología y derecho canónico que lo habilitan para estudiar el tema desde una amplia perspectiva.

Como indica el título, se propone abordar los abusos tanto espirituales como sexuales cometidos en nombre de la paternidad, y a eso dedica la segunda mitad del libro (capítulos “Las patologías de la paternidad” y “Causas de las patologías y vías de curación”). Pero para Syssoev “si el dominio espiritual resulta tan monstruoso es porque parasita un bien” (p. 10), y a estudiar ese bien dedica la primera mitad del libro (capítulos “Qué es la paternidad espiritual” y “Los tipos de acompañamiento”).

Su estudio parte de la paternidad de Dios tal como aparece en el Antiguo Testamento y nos ha sido plenamente revelada por Cristo, el cual nos invita a participar como hijos adoptivos en su filiación natural mediante un “nuevo nacimiento” que es obra del Espíritu (cfr. Jn 1,12-13; 3,5-8). Esa paternidad divina es fundamento de cualquier paternidad humana (cfr. Ef 3,14-15), que queda así elevada.

Para Syssoev la paternidad biológica es la forma más evidente de paternidad humana pero no la única, pues, así como los padres están llamados también a educar a sus hijos, a insertarlos en una cultura, etc., existe una paternidad espiritual que consiste en engendrar hijos a una nueva vida, la divina. Ejemplos de esa paternidad son san José, algunos textos paulinos (cfr. 1Co 4,14; 1Ts 2,7-12; Ga 4,19) y varias figuras de la historia de la Iglesia que van desde los padres del desierto (la gran mayoría de los cuales no eran ministros ordenados) a los sacerdotes y obispos, sin olvidar a tantos hombres y mujeres laicos –padres, educadores, catequistas– que han contribuido a que otros descubrieran a Dios y avanzaran en su relación con Él. Ahora bien, añade el dominico lituano, el sacerdote recibe una especial configuración con Cristo (especialmente con su tria munera), de quien recibe una tarea pastoral al servicio de sus hermanos los hombres: engendrar hijos para Dios por medio de los sacramentos (sobre todo el bautismo), la predicación y el gobierno.

Sirviéndose del concepto típicamente tomista de la participación, Syssoev sostiene que el sacerdote participa de la paternidad de Dios, lo que cual explica algunas limitaciones que los hombres encuentran en su ejercicio, como la imperfección (solo Dios es Padre en sentido absoluto y completo), la multiplicidad (no es llevada a cabo por una misma persona durante toda la vida) y la complementariedad (no debe invadir terrenos que corresponden a otros, especialmente a Dios y a los padres biológicos).

Syssoev menciona tres modos de ejercitar la paternidad espiritual: la confesión, el consejo y el acompañamiento o dirección espiritual. Añade algunas precauciones para alejar el riesgo de abuso, como evitar todo lo que dé lugar a confusión entre fuero interno y fuero externo, distinguir entre consejo y mandato, no sustituir al acompañado en su discernimiento de la voluntad de Dios, y respetar –e incluso fomentar– que acuda a alguien más preparado o que le inspire más confianza. Pero para este dominico la paternidad espiritual va más allá de estas ayudas, pues supone un don de Dios que “no se programa, no se decreta, no puede controlarse ni provocarse” (p. 75). Se trata de un reconocimiento mutuo que es descubierto por el hijo más que por el padre, y que da lugar a una relación que es: “exigente, requiere una entrega recíproca, una atención y una disponibilidad inscrita en el tiempo. Todo lo que afecta a mi hijo espiritual me afecta, soy de él en todo momento. Estoy a su servicio, y mi alegría es verlo crecer. Puedo desear su agradecimiento y su amistad, pero ellos son también un don, no una obligación” (p. 75).

Por último, un padre espiritual sabe poner a su acompañado delante de Dios y retirarse: “Un padre no marca el inicio de la vida interior, y menos aún su centro. Lo decisivo –y vital– es lo que se juega entre Dios y el alma: entrar en la vida filial que Dios me ofrece. El padre espiritual está al servicio de esta realidad profunda. Le alegrará ir disminuyendo a medida que crezca la vida filial del hijo de Dios” (p. 78).

El abuso supone una traición a la paternidad, pues supone aprovecharse de la confianza depositada por el hijo espiritual para satisfacer el propio deseo de dominio o las pasiones más bajas. Syssoev menciona cinco características del abuso relacionadas con la paternidad espiritual (ya sea ejercida por sacerdotes o por laicos) y la arruinan. Las tres primeras, que considera “por defecto”, son la renuncia a ser padre (habitualmente por falta de convicciones o por no haber tenido un padre espiritual), el formalismo (acompañar sin poner el corazón ni involucrarse personalmente) y el diletantismo (voluntad de erigirse en padre sin estar capacitado, lo que generalmente esconde curiosidad malsana o deseo de poder). Las dos últimas patologías, llamadas “por exceso”, son el autoritarismo (que no consiste solo en tratar de imponer la propia voluntad sino en presentarse como la fuente de la vida divina) y la manipulación seductora (atraer al otro para sí para que lo ame, lo reconozca, lo admire y lo adore). Estas dos patologías, que revelan una gran inmadurez en el abusador, privan al acompañado de su libertad y son caldo de cultivo de los abusos de poder, de conciencia y sexuales.

El libro concluye con una propuesta de prevención y sanación de la paternidad espiritual que incluye la unión con Dios, la humildad, una gran disponibilidad interior (que es favorecida por el celibato), el respeto de la autonomía del otro, una vida virtuosa y el respeto a las normas canónicas.

En definitiva, nos encontramos ante un libro relativamente breve pero muy completo que ayudará a los superiores de instituciones eclesísticas, a quienes ejercitan

tareas de acompañamiento espiritual (sacerdotes, religiosos o laicos) y a los propios acompañados a realizar su tarea con un verdadero espíritu de servicio y en el respeto a la dignidad de los fieles.

Francisco Insa
Pontificia Università della Santa Croce